

**RAMSEY  
CAMPBELL**



**IMÁGENES  
MALDITAS**

Ninguna persona viva ha visto terminada La Torre del Miedo, una película de los años treinta protagonizada por Boris Karloff y Bela Lugosi.

Por razones desconocidas, fuerzas poderosas han destruido la cinta y todas sus copias, pero el investigador cinematográfico Graham Nolan encuentra, tras una búsqueda de dos años, la única copia existente. Tan ansiada aparición va a desencadenar un ciclo mortal, y gradualmente se irá desvelando la aterradora realidad, que nos revela el inexorable poder de una tierra sedienta e insaciable.

Ramsey Campbell combina un inteligente estilo con una inspirada visión de los secretos de lo desconocido, y consigue, con esta inquietante novela, iluminar la realidad cotidiana de forma aterradora e inolvidable.

Para Joan,  
mi querida suegra,  
con todo mi cariño.

## AGRADECIMIENTOS

Debería empezar dando las gracias a Forry Ackerman, cuya revista *Famous Monsters* me familiarizó con Karloff y Lugosi antes de ver ninguna de sus películas. Décadas después, Dennis Etchinson me ayudó a ampliar mis conocimientos sobre ellos. Durante la redacción del libro mi esposa, Jenny, fue más importante que nunca; Edward A. Novak III, Susanne Kirk, Harriet McDougal, Ann Suster y Tom Doherty también me hicieron sugerencias de gran utilidad.

## 1

Al final el dolor se hizo insoportable, pero no durante mucho tiempo. A través de la neblina que la rodeaba, creyó ver los campos y a los espectadores que bailaban celebrando su dolor. A su alrededor, se agolpaba la gente con la que había crecido, desde los viejos que la habían mecido sobre sus rodillas cuando era pequeña hasta los de su misma edad, con los que entonces solía jugar; pero ahora sus rostros eran perversamente jubilosos, como las gárgolas de la capilla que se recortaba tras ellos. Se mofaban de ella y alzaban sus hijos por encima de sus cabezas; los sentaban sobre sus hombros para que vieran mejor, de modo que quedaban prácticamente a su misma altura. Parpadeando entre un mar de lágrimas podía ver las caras que se arracimaban a sus pies. Mientras intentaba ver el rostro de su marido, rezaba para que no tardara en llegar y cortar sus ligaduras antes de que el dolor fuera aun peor.

No podía verlo, y tampoco podía gritar su nombre. Alguien le había introducido una mordaza en la boca, tan profundamente que su herrumbroso sabor apenas la dejaba respirar. Ni siquiera podía rogar a Dios en voz alta que dejara de hacerle sentir la lengua, que sentía hinchada contra los dientes. Entonces sus sentidos, que habían estado luchando todo el tiempo para olvidar lo que le había sucedido, volvieron a despertar, y recordó que no había tal mordaza y que su lengua no podía ser lo que sentía como

un bocado de brasas ardientes abriéndose camino en el interior de su cráneo.

Por un instante su mente saltó fuera del alcance de su voluntad y recordó todo. Su marido no iba a salvarla, incluso aunque hubiera podido gritar su nombre en vez de emitir aquel quejido que tan poco se parecía a su voz. Había muerto, y ella había visto el demonio que lo había matado. La multitud que se arremolinaba a sus pies deleitándose en su tormento creía que la ejecutaban por haberlo asesinado, pero había un hombre que sabía que eso no era cierto.

Lo sabía tan bien que había hecho que le arrancaran la lengua aparentando simplemente estar cumpliendo la ley.

La niebla la envolvía y las expresiones de regocijo parecían acercarse a ella a través de tinieblas cada vez más espesas. Una vez más se dio cuenta de la desesperación con que su mente deseaba escapar. Ya no era simplemente una dolorosa neblina, era el calor de las llamas que comenzaban a lamer su cuerpo. Volvió a emitir aquel extraño quejido, más fuerte esta vez, y se debatió salvajemente por escapar. La turba rugió enardecida por sus lamentos o quizá para animarla a que pusiera más entusiasmo en el espectáculo. Entonces, como si Dios hubiera respondido a la plegaria que ella era incapaz de pronunciar, sus esfuerzos o el fuego soltaron sus ataduras y sintió que su cuerpo se proyectaba hacia adelante. Sus cabellos estaban ardiendo. Mientras se arrastraba fuera de la hoguera retorciéndose sintió que la sangre comenzaba a hervir en sus venas.

No llegó muy lejos. Unas manos anónimas la agarraron y volvieron a arrastrarla hacia el poste. Ella sintió como su vida escapaba hacia la tierra a través de sus carbonizadas piernas. Las manos volvieron a atarla con mayor firmeza y la levantaron para depositarla en el centro de la hoguera. En el momento en que su cerebro se incendiaba pudo ver al hombre que la había condenado, mirándola desde su torre. El rostro del demonio que había matado a su marido era una repulsiva caricatura del hombre de la torre.

## 2

Sandy salía a comer cuando vio a Graham Nolan en el pasillo. Se acercó a grandes zancadas, y su melena gris reflejó el sol que aquel día brillaba sobre Londres. Sus ojos azules resplandecían, y sus alargadas mejillas y sus carnosos labios estaban arrebolados de entusiasmo.

—Debe de ser algo muy especial lo que te trae por aquí en tu día libre —dijo ella.

—Lo que el mundo necesitaba —anunció él, y la abrazó de manera paternal—. Tienes tiempo para una copa, ¿verdad?

—Pensaba dar una vuelta por el parque.

—Si no me pesaran tanto los años... —suspiró él, encogándose de hombros mientras ella le lanzaba un amistoso puñetazo—. De acuerdo, un paseo y luego una copa. ¿Eso te parece bien? Toby pasará a recogerme cuando acabe con sus compras. No irás a permitir que lo celebre solo...

—Supongo que tienes razón. Podemos permitirnos un descanso.

El ascensor descendió cinco pisos hasta el vestíbulo de la Metropolitan Televisión. La moqueta verde era como un césped. Al otro lado de las puertas giratorias, los taxis cargados de turistas de agosto avanzaban lentamente por Baywater Road. Graham se hizo visera con la mano mientras seguía a Sandy bajo el cielo azul y la mantuvo sobre sus cejas mientras ella lo conducía hacia Hyde Park.

Un hombre con el cráneo enrojecido por un reciente afeitado atraía a la mayoría de los turistas del Speaker's Corner. Estaba diciendo algo sobre abandonar a alguien en una isla desierta: si no podía sobrevivir, mala suerte. Graham se dirigió al banco más cercano y sonrió a Sandy con gesto de disculpa.

—Me temo que no tengo mucho fondo, enseguida me canso.

—Me debes un paseo —bromeó ella mientras se sentaba a su lado— ya que no puedes esperar para contarme lo que has encontrado.

—Adivínalo.

—Todas las escenas de Orson Welles que fueron cortadas tras el primer montaje.

—Ah, ojalá fuera eso. Ya empiezo a dudar de que llegue a verlas en lo que me queda de vida. Personalmente, me imagino el cielo como la versión completa de *Los Amber-son* en programa doble con *Codicia* sobre la pantalla más grande que mi cerebro pudiera asimilar —dijo él, mirando con cierta ansiedad a su alrededor: el parque, las niñeras con sus cochecitos, las palomas picoteando migas de pan en los senderos—. Sé que soy un pesado, pero ¿te importaría que fuéramos ya a sentarnos en algún sitio? Me sentiría más a gusto bajo un techo.

Fueron paseando hasta Marble Arch, desde donde la negra corriente de taxis fluía hacia Edgware Road, Oxford Street y Park Lane y casi se perdieron entre la multitud camino del *pub*. Mientras se enjugaba el sudor de la frente con uno de sus grandes pañuelos, Graham escogió una mesa al fondo del bar. Sandy tomó asiento en el rincón y estiró sus largas piernas, atrayendo miradas de admiración de varios hombres de negocios que masticaban sus bocadillos en la barra.

—No habrás encontrado la película que según tu amigo el americano se había perdido para siempre... —dijo ella.



—*La torre del miedo*. Pues sí, eso es. Y quería que vosotros dos fuerais los primeros en saberlo. De hecho me estaba preguntando si os apetecería asistir a un estreno privado esta noche.

—¿No llegó a estrenarse?

—Nunca. Ni siquiera en Estados Unidos, aunque mi copia viene de allí, de la cámara de seguridad de un banco. El coleccionista parecía más ansioso de ver crecer su cuenta corriente que de ver películas, bendito sea. ¿Sabes? Sospecho que uno de mis informadores también tenía una copia bien guardada —Graham se arrellanó en la silla como si acabara de terminar una excelente comida y alzó su *gin-tonic*—. Porque todas mis búsquedas tengan el éxito de ésta, y por qué la próxima pieza no me cueste dos años de trabajo.

—¿Valía la pena invertir dos años en ello?

—*Querida* —la reprendió Graham, sabiendo que estaba bromeando—, ¿una película inédita de Karloff y Lugosi? Tendría que ser mucho peor que lo más infame que se estrena actualmente para sentirlo, pero te diré una cosa: estuve viendo la primera media hora antes de acostarme, y tuve que hacer un esfuerzo para no dejar la luz encendida.

—¿Pero sólo por...?

—¿Por una película vieja? La obra de un viejo maestro, Giles Spence. Ya es bastante trágico que fuera la última que dirigió. Te aseguro que sabe hacerte mirar atrás. Y creo que vas a quedar profesionalmente impresionada por el montaje. Me muero de ganas de ver esa película con alguien que pueda apreciarla.

—¿No te vale Toby?

—Toby es un encanto, pero ya conoces sus teorías sobre vivir en el presente y todo eso. Espero que no se agobie si viene también Roger, el americano. Lo conociste en mi última fiesta, ¿te acuerdas?

—Charlamos un momento.

—Oh, no seas desconfiada. No me atrevería a tenderle una trampa a la ermitaña de Muswell Hill —dijo Graham, simulando cubrirse por si ella lo golpeaba—. En serio, ¿podrás venir esta noche?

Parecía tan ansioso que Sandy sintió pena por él.

—Iré a cuidar de ti.

Él miró a sus espaldas, probablemente buscando a Toby, pero no se lo veía entre la multitud que se recortaba contra la luz del exterior. En la televisión los anuncios habían interrumpido las noticias de la una. Unas mujeres con delantales y gavillas en los brazos danzaban en un campo de trigo a los acordes de Vaughan Williams, mientras una voz maternal murmuraba: «Semilla de Vida..., simplemente inglés» mientras el mismo texto aparecía en pantalla. A continuación vieron las tomas que Sandy había estado montando un rato antes para el noticiario: la cadena de policías que obstruía la carretera de Surrey; la caravana errante que los medios ya habían bautizado como «el ejército de Enoch» indignada ante la barrera de agentes; su jefe mesándose las barbas, tan voluminosas como su cabeza, mientras un policía les hacía señales de que siguieran su camino hacia otro lugar; niños asomados a las ventanas de los vehículos mirando a otros niños que les gritaban *hippies* desde una escuela al borde de la carretera.

—Chivos expiatorios, diría yo —murmuró Graham.

—Espero que la gente comprenda que no son más que eso.

—Lo único que puedes hacer es intentar mostrar la verdad —dijo Graham, sobresaltándose cuando alguien se le acercó.

Era Toby. Acarició la cabeza de Graham al pasar y se apoyó contra la pared junto a Sandy, moviendo sus anchos hombros para aliviar la tensión. Su cara redonda parecía más pálida de lo normal a causa de su espesa mata de cabello rojo. Parecía indignado y tenía los ojos muy abiertos.

—Gracias, Dionisos, por este oasis en la jungla —dijo alzando su copa.

—¿Problemas con los nativos? —inquirió Graham.

—Al menos no con nosotros. Las juventudes hitlerianas casi me tiran bajo las ruedas de un autobús de camino a su cervecería, y dos gnomos en bermudas se me han colado, llevándose la última pasta fresca que quedaba en Old Compton Street. «Mira, Martha, es como la que hacemos en casa. Gracias al Señor que todavía se puede encontrar comida como Dios manda, y no toda esa basura extranjera». Deberían dar gracias a Dios, porque yo cuido mucho las relaciones internacionales.

—Olvídalo, amor. Por cierto, Sandy viene a casa esta noche.

—Va a ser una cena lamentable, te lo advierto. Haré lo que pueda con las cuatro cosas que he conseguido rescatar de la recepción.

—Con vosotros dos ya hay fiesta suficiente —dijo Sandy alzando la voz para tapar a uno de los hombres de la barra, que se había puesto a contar un chiste sobre *gais* y el SIDA. Estaba pensando que quizá no se había fijado en las personas que lo rodeaban cuando él y sus amigos se quedaron mirando a Graham y Toby con descaro y prorrumpieron en carcajadas.

—Creo que es mejor que nos vayamos a casa, antes de que me ponga de mal humor —dijo Graham.

—Como quieras —repuso Toby con los labios apretados y las mejillas encendidas. Sandy se dio perfecta cuenta de que se estaba conteniendo para no decirle algo al charlatán. Empujó a sus amigos hacia la salida cuando el grupo de hombres se volvió, siguiéndolos con la mirada. Sus ojos se encontraron con los del chistoso a través del espejo de la barra. Su cara estaba colorada como un tomate.

—Debe usted de tener muchos problemas de personalidad... —le espetó al ver su sonrisa autosuficiente.

—Nunca he podido soportar ni a los maricas ni a las feministas —dijo a uno de sus compadres torciendo la boca.

—Entonces debe soportarse muy mal —dijo Sandy con una sonrisa compasiva.

Él comprendió el comentario más rápido de lo que Sandy esperaba y se revolvió en su taburete agachando la cabeza como un toro que sale al ruedo. Ella ni siquiera necesitó imaginárselo embistiendo para darse cuenta de lo absurdo de la situación. Sacudió la cabeza con gesto decepcionado y apremió a sus amigos a salir del *pub*.

—Tú ocúpate de que Graham pueda disfrutar de su triunfo —dijo a Toby mientras le daba unas palmaditas en las mejillas, rojas de indignación.

—Disfrutaremos más compartiéndolo contigo —respondió él, y tomó a Graham de la mano mientras se dirigían hacia el parque.

Sandy se quedó un momento junto a la Metropolitan mientras ellos desaparecían por Speaker's Corner. El hombre del cráneo afeitado seguía gesticulando, pero lo único que parecía salir de su boca era el ruido del tráfico. Un vagabundo, o quizás un montón de basura, se movió ligeramente detrás de un banco mientras Graham y Toby llegaban a la entrada del aparcamiento subterráneo. Justo antes de desaparecer por la puerta, Graham miró hacia atrás fugazmente, pero a Sandy no le pareció que la buscara a ella. Estaba intentando ver qué había hecho volverse a Graham cuando se topó con Lezli, que salía de la Metropolitan.

—¡Socorro! —exclamó Lezli.

## 3

Al principio Sandy pensó que lo que Lezli estaba montando era un viejo musical. No dejaba de sujetarse sus mechones verdes detrás de las orejas cada vez que se inclinaba sobre la mesa de montaje. Fred Astaire bailaba en la pantalla de la moviola, y hasta que James Cagney se reunió con él, Sandy no se dio cuenta de que era otra cosa. Se trataba de *La luz fantástica*, una película de televisión en la que los actores de un espectáculo barato entraban en una vieja película y bailaban con los grandes de Hollywood.

—Lo que pasa es que los ritmos no coinciden, la película ya se ha pasado de presupuesto y los bailarines están ahora mismo en Estados Unidos —gimió Lezli.

—¿No hay ninguna posibilidad de usar otras escenas de películas viejas?

—Hemos tardado meses en preparar éstas. Se lo dije al productor, y me llamó cosas que no había oído jamás. Lo peor de todo es que éstas no son las escenas que pensábamos utilizar, las que imitaron los bailarines.

El tema de la película era que Cagney y Astaire permitieran a los actores olvidar sus rencillas y fracasos y hacer realidad sus ambiciones durante una noche, aunque sólo fuera en la fantasía, pero en la escena parecían payasos. Sandy examinó las tomas escogidas y comprobó que eran inútiles. Volvió a pasar las escenas completas y finalmente abrazó a Lezli.

—Lo teníamos delante de las narices —dijo, y separó el número principal en tres secciones—. Ahora sólo tenemos que hacerlos bailar a todos al mismo ritmo.

Lezli miró la pantalla con gesto concentrado y se apartó un mechón verde de la frente. Entonces comprendió.

—Vamos a hacer que los nuestros vayan más despacio.

—Eso pienso yo. Veamos. —Sandy vio a Lezli pasar la cinta adelante y atrás, intentando sincronizar los tiempos, hasta que los bailarines se unieron a los fantasmas. Sin embargo, más que imitarlos, interpolaban unas variaciones sincopadas con movimientos ligeramente más lentos, que les daban un aire mágico. El realizador de la película entró en la sala como una tromba y de repente comenzó a aplaudir y se llevó las manos a la boca.

—¡*La luz fantástica!* Gracias, Sandy. Creí que estábamos perdidos.

—Dale las gracias a Lezli. La idea ha sido suya. Dentro de poco tendré que venir yo a pedirle consejo —dijo Sandy mientras se dirigía a la máquina de café, casi más feliz que si hubiera solucionado ella misma el problema.

Le gustaba la rapidez que exigía el montaje de noticiarios, pero también disfrutaba montando películas, mejorando el ritmo, descubriendo nuevos significados mediante yuxtaposiciones, marcando el compás. Había aprendido aquellas técnicas en Liverpool; luego había pasado los dos años siguientes trabajando con niños en Blackie, una vieja iglesia abandonada que ostentaba un arco iris en vez de una cruz, ayudándolos a rodar vídeos sobre sus miedos. Después se había trasladado a Londres para asistir a la escuela de cinematografía, había vivido con un compañero de estudios durante dos años y lo había cuidado durante una depresión nerviosa antes de que se separaran. Había trabajado con un colectivo en el rodaje de un documental que enfrentaba a mujeres violadas con sus violadores y que había sido proyectado en Edimburgo y Cannes. Al fracasar por falta de financiación un segundo documental que pre-

tendía enfrentar a personas que habían sufrido abusos en la infancia con los que se los habían infligido, Sandy había aceptado un puesto de ayudante de montaje en la Metropolitan. Después se había enterado de que Graham, impresionado por el montaje del documental del colectivo que había visto en Edimburgo, había intervenido en su favor. Cuando ella ya estaba trabajando en la cadena de televisión, Graham se había presentado, y ambos habían conectado inmediatamente. Él la había impulsado a realizar trabajos que podían ampliar sus conocimientos y habilidades; la había apoyado cuando, en contadas ocasiones, Sandy había creído que un trabajo era demasiado para ella, y había sido el primero en aplaudir cuando lo había resuelto; le había dado confianza cuando la había necesitado sin pedir a cambio nada más que su amistad. En menos de un año Sandy había sido ascendida y había conseguido contratar a Lezli, con la que había trabajado anteriormente en el colectivo. Habían pasado dos años desde entonces. Sandy tenía veintiocho y a veces le parecía poder dar forma a su vida con la misma facilidad con que manejaba la moviola.

Algún día encontraría a alguien con quien mereciera la pena compartirla, pero no tenía prisa, especialmente porque no quería tener niños. Eran Graham y sus padres los que estaban ansiosos por verla casada, aunque Graham se ponía menos pesado desde que ella había conocido a un joven arquitecto en una de sus proyecciones privadas. Entre los actores del Old Vic, directores de galerías de arte, columnistas, gente elegante e incluso representantes de la nobleza menor que se habían reunido para ver los últimos tesoros de Graham —la prueba de Marlene Dietrich para *El ángel azul*, la película sobre la menstruación de Walt Disney y una copia de *Double Indemnity* que comenzaba en la celda de los condenados—, aquel arquitecto había parecido sentirse incómodo hasta que Sandy se había puesto a hablar con él. Entonces él la había invitado a tomar una copa, y a continuación a cenar en Hampstead, donde vivía. Des-